

R E C E N S I O N E S

59166 **Von Hildebrand, Dietrich: La afectividad cristiana. Colección Psicología-Medicina-Pastoral, Nº 67. Ed. Fax, Madrid, 1968. 241 págs.**

La producción última de von Hildebrand nos deja un tanto desconcertados. Y no porque nos importe carecer de categorías para calificar sus escritos (lo que, en cierto modo, podría ser excelente), sino más bien porque habría que aplicarles categorías mediocres. Y esto nos resulta duro con un autor que se llama von Hildebrand. Concretamente, el libro del que ahora nos ocupamos tiene planteos filosóficos, pero no llega a ser filosofía; hace esbozos psicológicos sin ceñirse a un planteo de clara psicología, y hasta se mueve en un terreno espiritual (que más tiene de piadoso que de teológico), sin delimitarlo claramente. Von Hildebrand rompe una serie de lanzas contra un enemigo bastante pequeño (en nuestra opinión, mucho más de lo que él pretende): la "anti-afectividad" contemporánea. Mediante un análisis fenomenológico —sin el rigor de escritos suyos anteriores—, separa el sentimentalismo del verdadero afecto, para situar la afectividad humana en su valor. La afirmación programática es la de que un afecto hay que medirlo en virtud del valor al que tiende intencionalmente; "tal vez —nos dice—, la razón más decisiva para el descrédito en que se encuentre la esfera afectiva en su totalidad haya de encontrarse en la caricatura de afectividad que resulta de desgajar una respuesta afectiva del objeto que es su motivo, de aquello a lo que significativamente responde" (pg. 21). El resto de la obra no es sino la aplicación —que intenta ser práctica— de este principio. Se estudian las posibles anomalías afectivas, por atrofia y por hipertrofia, tratando de situar al corazón humano en su lugar y en su valor. Se pasa después a un estudio del corazón de Cristo. ¿Teología? Ciertamente, no. ¿Piedad? Por lo menos, no de la barata. En la línea de las "biografías" de Jesús, o de ciertas meditaciones espirituales. Y, en la parte final, un esbozo del "verdadero" corazón cristiano. Ponemos verdadero entre comillas —lo que no hace von Hildebrand— porque no nos acaban de satisfacer estos distincos de blanco y negro. Estamos de acuerdo en el ataque que dedica el autor al falso sentimentalismo religioso, todavía imperante en muchas fórmulas e himnos litúrgicos. Pero no creemos que esto represente hoy un problema serio. En resumen: un libro discreto, de lectura agradable. Puede ayudar a cierto tipo de lectores. Personalmente sentimos que las solapas —¡qué bello y difícil arte el de hacer solapas!— prometen más de lo que se nos da. — I. M. B.

70023 **Nicolau, M.: Teología del Signo sacramental. BAC (Madrid, 1969) XIV + 452.**

La serie "Historia Salutis", destinada a servir las disciplinas teológicas en lengua vernácula y conforme a las orientaciones de la *Optatam Totius*, comienza con la obra que reseñamos. Empresa arriesgada, porque el tratado "de sacramentis in genere" es uno de los más discutidos en teología.

Recensiones

Lo estrictamente dogmático es poco y la interpretación de los problemas, que presenta el dogma, ha dado lugar, a través de los tiempos, a tantos teólogos como teólogos lo han tratado con originalidad.

El depósito de la fe ha de permanecer inalterable en su contenido. Es muy ambiguo, por eso, hablar de evolución del dogma, en cuanto tal. Y es sencillamente herético hablar de "verdades dogmáticas superadas". Si algo puede cambiar en teología es el enfoque, la luz, bajo la que se mira a los dogmas, el acento, la profundización en el depósito inviolable, según la decantación de las diversas culturas. Pero estos cambios de perspectiva o de "entonación", por ser más sutiles, exigen una mente perspicaz y alerta, que esté sumergida vitalmente en los imponderables transindividuales y transobjetivos, que dan la tónica al pensamiento de una época concreta. Es como el acento, que tiene cada pueblo al hablar su propia lengua. Podrá un extranjero aprender con perfección gramatical el mecanismo de la lengua, pero siempre se le notará el acento de su lengua materna, a no ser que haya vivido largo tiempo —o durante su infancia— en el medio de la lengua aprendida.

El Vaticano II no ha cambiado los dogmas tradicionales. Habría sido traidor a la fe, si lo hubiera hecho. Habría dejado de ser simplemente un Concilio Ecueménico, regla de fe. Pero el Concilio Vaticano II sí ha dado un nuevo enfoque a muchos puntos dogmáticos. Así, la Constitución "Lumen Gentium", sobre el Misterio de la Iglesia, no ha corregido al Vaticano I, pero sí ha dado una nueva dimensión al Tratado sobre la Iglesia.

Anotamos estas ideas de antemano, para centrar en su punto justo la crítica, que pretendemos hacer de la obra que nos ocupa.

El P. Nicolau ha acometido la empresa de comentar y exponer las doctrinas teológicas del Vaticano II. Ha acometido esta empresa con entusiasmo y a fondo. Antes de la presente monografía se había ya ocupado en comentar otros documentos del Concilio: la Constitución sobre la Sagrada Liturgia y otros puntos dogmáticos en artículos de revistas especializadas. Ha estudiado también los principales estudios de los teólogos contemporáneos más significativos: K. Rahner, Schillebeeckx, etc. Nada podemos reprocharle en cuanto a información. Quizá lo que le falta es oído, para captar el acento de la nueva lengua teológica. Nada más. Y nada menos.

La metafísica aristotélica —bautizada en lo posible por Santo Tomás— y la mentalidad jurídica del Derecho Romano han prestado su acento a la teología —al lenguaje teológico— medieval y renacentista. Es lamentable cómo pasó a segundo término durante siglos la mentalidad franciscana de la primera edad media hasta S. Buenaventura inclusive. El tratado "de los sacramentos en general" ha sido uno de los que más se han resentido de estos elementos culturales. La gracia santificante ha sido concebida como una "cosa": accidente sobrenatural del orden de la cualidad. La gracia sacramental consiste en una relación, en un modo, en un título exigitivo de gracias actuales, para cumplir a cabalidad las exigencias que impone cada sacramento. El carácter es un sello indeleble en el alma, parecido a la imagen que deja el anillo en la cera. La Eucaristía es como el relicario del Cuerpo Vivo de Cristo: el relicario más precioso de la cristiandad, al agnus Dei vivo de la Iglesia. En comparación con la Eucaristía los demás sacramentos pierden brillo, en cuanto contenedores de Cristo: en ellos Cristo no está sino virtualiter, en su poder o en su decreto santificador. La eficacia "ex opere operato" de los sacramentos convierte a éstos en estuches o vasos

de la gracia-cosa: contienen lo que confieren: algo así "como la bolsa, que contiene los dineros" (*tamquam argentum in crumena*). La Iglesia es la sociedad depositaria de los misterios y de los tesoros salvadores de Jesús.

El retorno a las fuentes bíblicas y patrísticas ha dado un nuevo horizonte a estas verdades. Volvemos a repetir: no han cambiado los dogmas. Ha retenido cuanto de dogmático hay en aquellas verdades, pero les ha dado un horizonte nuevo más vital y más teológico en el sentido reduplicativo de la palabra. (Ni el derecho romano ni la filosofía aristotélica son teología ni lugares teológicos en cuanto tales). La teología moderna considera a la gracia santificante como una participación de la vida divina, poseída en plenitud por Jesús —El Verbo encarnado, Dios-Hombre— y participada por nosotros incorporados a Jesús, como miembros vivos y reales de su Cuerpo Místico Real, que es la Iglesia. Nos incorporamos a Jesús en la Iglesia. Mejor, nos incorporamos a Jesús-Iglesia. La Iglesia es Jesús actualizado y triunfante en nuestro mundo. Y la incorporación a Jesús-Iglesia se hace en los sacramentos, que son en realidad el punto de encuentro del hombre con Dios. Dios es el único sobrenatural y lo sobrenatural es lo divino en cuanto tal.

El Misterio de la Iglesia ha cobrado su verdadera dimensión de Misterio y de sacramento de la unión con Dios. Cristo aparece como verdadero Sacramento —en su unión hipostática de humanidad y divinidad en una sola persona— de comunicación de vida divina a la humanidad: sacramento de gracia santificante. De estas dos verdades, expuestas con un horizonte nuevo, se sigue también una perspectiva nueva para el estudio dogmático de los sacramentos. La problemática jurídico-metafísica del carácter, del *opus operatum*, de la causalidad instrumental de los sacramentos con respecto a la gracia santificante, la presencia de Cristo mismo en ellos, el aspecto eclesial de los mismos, adquieren una nueva dimensión. No hay cambio de lo dogmático, pero sí una profundización más vitalista, más teológica en el sentido estricto del término. Pero... para captar estas dimensiones hace falta oído. Sin este oído querer interpretar al Vaticano II y a los teólogos contemporáneos es arriesgado. Es hablar un idioma aprendido con acento extranjero. O, peor, es echar vino nuevo en odres viejos y poner paños nuevos en tejidos antiguos. Ya lo dijo Jesús: no resulta.

En la obra, que recensamos ocurre algo de lo que hemos señalado. Las citas patrísticas y conciliares parecen estar en otro tono del que tienen las explicaciones del autor. Y las críticas de los teólogos contemporáneos se mueven en un pentagrama distinto.

Nuestra reseña puede parecer dura, genérica y superficial. Deberíamos haber señalado más en concreto los puntos criticados en el autor. Somos conscientes de ello. Pero juzgamos honradamente que las reseñas de libros son para orientar al público, no para hacer propaganda editorial. Y la índole y extensión de la revista no nos permite descender a particularidades y a fundamentar extensamente nuestro parecer. Creemos, pues, que hemos cumplido el menester encomendado.

S. de Anitua

70041 **Albert Plé: Freud y la Religión.** Estudio introductorio por el Dr. Rof Carballo. Versión castellana de José Luis Legaza. BAC. Madrid, 1969. 217 pgs.

Tenemos el gusto de ofrecer a los lectores interesados en temas como el que anuncia el presente librito, **Freud y la Religión**, un ensayo sustan-

Recensiones

cioso, pensado y de no poca utilidad para despejar algunas confusiones que se hayan podido crear a causa de una interpretación insuficiente de los informes que sobre la religión nos dejó escritos Sigmund Freud.

La traducción española tiene una amplia introducción al tema, hecho por el psiquiatra hispano Rof Carballo, quien, con profundo conocimiento del tema, nos pone en guardia sobre ciertos tópicos que atañen tanto al psicoanálisis como a la persona del mismo Freud.

El autor, Albert Plé, parte del análisis de los textos más representativos del pensamiento religioso de Freud. Lo hace con honestidad, dando correctas interpretaciones a los mismos, y, por ende, facilitando al lector el trabajo de familiarización con los textos originales. Claro que por mucho esfuerzo que se haga a este respecto, nunca sustituirá la lectura directa de las obras pertinentes de Freud. Pero cumple satisfactoriamente dentro de las posibilidades de extensión del libro que comentamos.

El capítulo referido a "Un problema personal de Freud" permite situar la concepción religiosa del mismo, dentro de su "historia" personal y verla conforme a los precondicionalismos personales, hecho éste significativo en todo individuo que habla, escribe o piensa sobre problemática religiosa. En este caso, la contemplación de la persona de Freud "justifica" suficientemente las conclusiones a que éste llegó.

Los dos capítulos últimos, "¿Hacia 'otra cosa'?" y "La teología y Freud", son capítulos que se imponen a los dos anteriores. Se puntualizan aspectos equívocos en Freud y en la misma teología. Se esfuerza el autor por situar el valor de la religión dentro de los márgenes de sus orígenes y funciones y deja claro ante el lector el hecho de la diferencia fundamental que existe entre lo que Freud observó en los enfermos que a él acudían y lo que verdaderamente debe entenderse por una posición teológica ante la vida.

Finalmente, creemos que Albert Plé hubiera podido integrar con lo dicho anteriormente un capítulo posterior acerca de una religión que partiera no del superyo, como abusivamente generalizó Freud, sino de esa intimidad profunda y dinámica, verdaderamente personal y creativa, que sería partiendo de lo que podríamos llamar el **ello religioso**. Esto es, haber dado la vuelta al sistema de Freud y "especular" en sentido contrario a lo que él eligió como método y veta de investigación. Porque no es tan fácil refutarle a partir de lo que dejó escrito, sino, principalmente, **a partir de lo que no dijo.** — J. A. L.

70059 **Bertsch, Ludwig (Ed.): Penitencia y confesión. Modernas reflexiones teológicas y pastorales.** Versión castellana de José Cosgaya. Ed. Fax, Madrid, 1969. 178 pgs.

No hace mucho, una seria investigación realizada en Francia mostraba que, paradójicamente, aquellas personas que se sentían más comprometidas con su fe cristiana, mostraban un abandono sensible de la confesión —en su modalidad individual—, al tiempo que crecía su participación en las asambleas eucarísticas y en las tareas eclesiales —que no eclesiásticas. Creemos que estos datos no hacen sino confirmar lo que es experiencia común entre los sacerdotes: la práctica actual de la confesión "hace agua" por todos los lados.

El Vaticano II (Cfr. sobre todo, el N° 72 de la Constitución sobre la liturgia, citado en el prólogo de este libro) reconoció indirectamente este hecho, al abogar por una revisión del rito. Sin embargo, una simple revisión litúrgica no sería suficiente —pues el rito debe expresar algo y el problema es que, quizá, el hombre contemporáneo ha perdido el sentido de la penitencia. A llenar este vacío se dirige el presente librito, que reúne ensayos de cuatro profesores de teología del Instituto Superior de filosofía y teología Sankt Georgen, en Frankfurt.

Ciertamente, el estudio más importante es el de Bruno Schüller, centrado sobre el problema de la distinción entre pecado mortal y venial. Según Schüller, el pecado mortal, más que un acto concreto, es una actitud radical de rechazo a Dios que, evidentemente, se traducirá en actos. Esta actitud exige la opción libre del hombre, es decir, una decisión personal, libre y responsable. El pecado venial carece de esta radicalidad y totalidad humana y, por tanto, ha de verse más bien en la línea de una inconsecuencia existencial del hombre. Creemos que la comprensión total de la postura de Schüller exige la lectura de su obra *Gesetz und Freiheit*, recientemente traducida al castellano.

Semmelroth, autor muy conocido por el lector de habla castellana, reflexiona sobre ciertas estructuras del sacramento de la penitencia: la tensión entre subjetividad y objetividad de pecado y penitencia, entre la dimensión individual y eclesial-comunitaria, entre juicio y gracia, historia y escatología, etc. Bertsch afronta el problema de la práctica concreta del sacramento de la penitencia, y rechaza ciertas explicaciones superficiales del descenso en su práctica. Para él, el énfasis pastoral debe recaer más en la búsqueda de la penitencia, en cuanto conversión radical del hombre a Dios. El librito se cierra con unas disquisiciones de Herbert Roth sobre confesión y dirección espiritual.

Un librito interesante, que puede ayudar a comprender las dimensiones de la problemática penitencial. Esperar de él respuestas y direcciones concretas para la práctica pastoral sería desenfocar su finalidad. Su valor está en el replanteamiento de las bases teológicas subyacentes. Y, en esta línea, su aportación nos parece muy valiosa. — I. M. B.

70138 **Charbonneau, Paul-Eugene: Amor y libertad. Ensayo de moral conyugal.** Versión castellana de A. Iglesias Sanz. Herder, Barcelona, 1970. 308 pgs.

Uno de los sectores religiosos en los que la desadaptación al hombre y a sus problemas contemporáneos se ha visto con más evidencia es el sector moral. Y, dentro de la moral, es indudablemente la moral conyugal —junto con la moral social— la más anquilosada. La estrechez con la que los moralistas trataban los problemas matrimoniales, hacía que la teoría y la práctica fueran dos terrenos abismalmente separados, con la consiguiente crisis pastoral.

Charbonneau, sacerdote canadiense que lleva ya varios años trabajando en el Brasil, es un defensor sincero y acérrimo de las líneas de renovación moral que triunfaron en el Vaticano II. Seguir reduciendo los problemas matrimoniales al problema de la contracepción es algo así como reducir los problemas urbanos al problema de la polución: no es que se niegue su importancia, o se eluda su planteamiento, sino que hay que verlos y

Recensiones

situarlos en un contexto más amplio. El problema matrimonial no es, como parecen creer algunos, un problema de "píldora sí o píldora no". Los problemas que el matrimonio plantea a la moral son extremadamente complejos y sólo un enfoque comprensivo puede evaluarlos debidamente. Esto es lo que, con bastante acierto, intenta Charbonneau.

La moral conyugal sólo puede basarse en las estructuras del amor humano. Pero el verdadero amor es muy exigente. Diez características atribuye el autor al amor: realidad, impulso, libertad, adhesión, esperanza, exigencia, sacrificio, alegría, paz y apertura al Infinito. De cada uno de estos caracteres se deriva una exigencia, una ley práctica para los cónyuges. Porque la reflexión de Charbonneau junta el análisis filosófico-moral con los datos de la experiencia, para continuamente sacar de ahí consejos, unos más prácticos que otros, pero todos ellos de una gran sensatez.

Las páginas sobre el diálogo son excelentes, más aquellas dedicadas al diálogo personal que aquellas dedicadas al diálogo propiamente carnal. También el diálogo tiene unas reglas, que hay que respetar. Según el autor el diálogo debe ser humilde, paciente, simpático, cálido, oportuno, constante y renovado. Los brevísimos apuntes sobre el machismo y el angelismo apuntan a defectos educativos, de consecuencias catastróficas para la relación conyugal. Creemos que el autor debería profundizar estas ideas, que aquí apenas esboza y que, a nuestro parecer, son fundamentales.

Dos pequeños reparos nos atrevemos a poner a esta obra. Ante todo, el autor se guía demasiado en sus análisis por las ideas de los filósofos existencialistas. Es indudable que la moral propugnada por Charbonneau se fundamenta en una filosofía existencial-personalista, lo que presenta la ventaja de valorar la realidad irrepetible de cada relación amorosa, pero también el inconveniente de olvidar un tanto la integración estructural e histórica de cada pareja dentro de un determinado contexto social. Y este sería nuestro segundo reparo: el análisis del autor deja un tanto de lado la incidencia social del matrimonio. Porque, cabe preguntarse si, en nuestra circunstancia histórico-social actual, es posible el verdadero amor. Quien está plenamente integrado a nuestra sociedad —de consumo, como consumidora y consumida— ¿puede vivir realmente una vida matrimonial cristiana? El problema es serio y Charbonneau no lo toca.

Pero, dicho esto, hay que reconocer que la obra es enriquecedora. De lectura fácil y agradable, podrá ayudar a más de un sacerdote y a más de un matrimonio. — I. M. B.

70190 **Berge, André: Las psicoterapias.** Versión castellana de Alejandro E. Lator Ros. Herder, Barcelona, 1970. 228 pgs.

La bibliografía sobre el o los tratamientos psicoterapéuticos es muy numerosa. Sin embargo, reflexiones acerca de la esencia de la psicoterapia son muy pocas. Superar la parcialidad necesaria de un determinado enfoque o escuela no es fácil. Berge lo intenta, y creemos que con un acierto indudable. No intenta el autor eludir el espinoso problema de los criterios de salud mental que son los que, en definitiva, van a condicionar el encaminamiento que el terapeuta dé a su trabajo. ¿En qué consiste la salud mental? ¿Podemos aceptar un criterio de normalidad estadística? El problema es grave. Y no menos grave es el proceso que a esta meta conduce. Porque en las manos del psicoterapeuta se encuentra una persona humana.

La responsabilidad es inmensa. ¿Le bastará al analista con aplicar correctamente una determinada técnica? ¿O, dada la naturaleza dialéctica del encuentro, debe poner en el asador toda la dinámica de su propia personalidad? Rogers, el fundador del movimiento no-directivo, insistió fuertemente en esta línea, lo que, a su manera, también subraya Nacht, en un precioso librito recientemente traducido al castellano: ("La presencia del analista"): tanto o más que lo que el analista hace importa lo que es. Por eso, uno de los capítulos que nos parecen más interesantes es el que trata del problema de la "ecuación personal" y que, lamentablemente, se presenta en una letra más pequeña, de molesta lectura. Técnica y arte tienen que ir, en cierto modo, de la mano en la psicoterapia: "Gracias a su técnica científica es como el psicoanálisis podrá ponernos en el camino de los descubrimientos de la esfera de la psicología profunda... el arte hace que los descubrimientos sean asimilables y utilizables: los modela a este objeto". (pg. 40).

Si el hombre es una totalidad, la intervención del terapeuta podrá comenzar su labor enfocando cualquier aspecto de esta totalidad. De ahí la posibilidad múltiple de caminos que se presentan para la curación psíquica. Berge agrupa los diversos tipos de psicoterapias en tres líneas, explicativa, sintomática o finalista, de acuerdo con el énfasis que hagan en las coordenadas temporales, pasado, presente o futuro. No se trata de dar una visión sincretista, sino de esbozar unas líneas explicativas de síntesis. De ahí no se sigue —lo que no pretende Berge— postular una psicoterapia que amalgame elementos diversos, pues cada elemento pertenece a una estructura propia, con su dinamismo peculiar, que es el que le da sentido.

¿Qué es lo que constituye al buen psicoterapeuta? Berge examina el problema de la transferencia y de la contratransferencia, íntimamente ligados con el problema del "invertimiento" libidinal. Las cortas reflexiones de Berge son esclarecedoras, e iluminan a fondo la dinámica del encuentro, tanto en la conciencia que el psicoterapeuta debe tener de sus propias dificultades personales, como en el valor de su presencia ante el otro, o en el papel —muchas veces necesario— que debe jugar el silencio.

En su conjunto, la obra de Berge merece el calificativo de excelente. Debe ser leída por todo aquel que, de una manera o de otra, se interese en los problemas psicoterapéuticos o, simplemente, del encuentro interpersonal. Y, ciertamente, por todo estudioso de la psicología. — I. M. B.

71002 **Rousset, Suzy: Reflexiones de una psiquiatra.** Problemas de vida religiosa. Versión castellana de Josep A. Pombo. Herder, Barcelona, 1970. 336 pgs.

Suzy Rousset, neuropsiquiatra ya desaparecida, sabe juntar en estos ensayos la precisión científica, con la experiencia clínica y una inmensa sensibilidad humana y cristiana. No son muchos los estudios de que disponemos sobre la problemática psicológica femenina: Buytendijk, Klein, Deutsch, Beauvoir... sin contar investigaciones más recientes. Pero son todavía menos aquellos que exploran los problemas psico-religiosos de la mujer. Por eso nos aparecen más valiosas las aportaciones de la autora, aportaciones cimentadas sobre una larga experiencia.

Tras una serie de principios básicos sobre motivación, patología y psicoanálisis, la autora se sumerge en una serie de estudios sobre problemas psicológicos femeninos. Es interesante el intento de psicología evolutiva de la mujer que hace Rousset. Su tipología: la mujer femenina, la mujer ma-

Recensiones

ternal y la mujer viril tiene el valor de dar una visión dinámica de tantas características como se han atribuido normalmente a la mujer, sin una integración coherente. Rousset lo hace, de una manera esquemática, como ella misma reconoce, pero no por eso menos iluminadora.

La problemática de la vida religiosa femenina es clara, aunque quizá un poquito superada por la evolución que, tras el Vaticano II, han experimentado y siguen experimentando las congregaciones religiosas femeninas. Sin embargo, las observaciones que hace sobre el nerviosismo, la obediencia y la castidad —p.ej.— siguen siendo de valor para aquellas personas que tienen la responsabilidad de la dirección y formación de religiosas.

La última parte nos presenta una serie de estudios sobre el esfuerzo mental que manifiestan una gran sensibilidad personalista. Desconocemos cuándo fueron escritos estos ensayos, ya que su problemática ha sido —creemos— básicamente superada. No obstante, cierran ideológicamente el libro, patentizando, en el afrontamiento concreto con el enfermo mental, las consecuencias prácticas de una mentalidad “abierta”, que integra sin estridencias la ciencia con la fe cristiana. — I. M. B.

71004 Lacroix, Jean (Ed.): *Los hombres ante el fracaso*. Versión castellana de Josep Pombo. Herder, Barcelona, 1970. 28 pgs.

En 1965, Jean Lacroix publicaba un libro sobre el fracaso (versión castellana: *El fracaso*, Nova Terra, Barcelona, 1967), en el que analizaba sobre todo sus aspectos psicológicos y filosóficos. El afrontamiento honrado de un problema tan complejo le hizo caer en la cuenta, como él mismo nos dice en el prefacio, “lo difícil que era para un solo autor abordar un tema de esta índole, tema que exige una competencia en diversas ramas del saber”. Esta es la razón de este libro, excelente bajo cualquier punto de vista, en el que se junta la colaboración de especialistas en psicología, economía, medicina, teología y filosofía. Sentimos que no se haya tratado algún otro aspecto, como el biológico o el antropológico. Pero el conjunto resulta muy completo.

Son trece los autores que, desde sus respectivas especialidades, meditan sobre la realidad y sentido —o contrasentido— del fracaso. Tratar de sintetizar su pensamiento sería un absurdo. Pero, desde las nociones psicológicas, un tanto elementales, que nos expone Nuttin en el primer capítulo, hasta las reflexiones finales que, a partir de Valéry y Freud, Toni Andréani se hace sobre el fracaso en la civilización, todo en este volumen nos interesa.

Raymond Carpentier (“El fracaso de la comunicación”) llega a la conclusión de que “la comunicación de las conciencias es aquello que sólo tiene realidad en la medida misma en que entraña estructuralmente su propio fracaso” (pg. 44). Sus observaciones son oportunas en un momento en que nuestro mundo, tras una primera alborada de ilusión, va experimentando la dificultad y el fracaso en el diálogo.

François Perroux (“El fracaso de la economía moderna y las posibilidades del progreso humano”), constante en su línea de economista abierto, nos desvela las falsedades y deformaciones de una economía poco dispuesta a reconocer su fracaso.

Desde nuestro punto de vista latinoamericano, encontramos verdaderamente esclarecedor el capítulo de Jean Poirier (“Formas de impugnación, de compensación y de transposición de lo real en las sociedades en vías de

desarrollo"). Es posible que algunos de los fenómenos que él señala no se den entre nosotros; pero si cambia la forma concreta de un tipo de impug nación o fuga, el sentido permanece idéntico. ¿No estamos acaso asistiendo, día tras día, al espectáculo de lo que Poirier llama "realización por nomi nación", tanto en su forma "verbalista" como "nominalista"? (Cfr. pgs. 69-70). Ojalá este estudio sirviera de acicate para una investigación profunda de las conductas sociales que se dan en nuestro medio, desde el punto de vista psicosocial.

Pero si nos hubiéramos de quedar con algún capítulo, sin duda ninguna optaríamos por la preciosa y profunda reflexión de André Neher, "El fracaso en la perspectiva judía". Neher profundiza en la ontología judía, uno de cuyos datos esenciales es el **quizá**, verdadera bisagra de fracaso y esperanza. La esperanza judía está cosechada en el corazón del fracaso (pg. 183). Para el judaísmo, "Todo es posible, pero, **quizá, nada se realice...** Sí, todo puede ser, todo es posible, nada es demasiado atroz como para no aparecer en el mundo y en la historia. Ni nada es demasiado sublime como para no realizarse en la conciencia y en los actos" (pg. 192). Por ello, "el fracaso del fracaso es la forma universal de la esperanza. Pero el fracaso de la esperanza es la forma más elevada de la esperanza judía, puesto que, en virtud de la intensidad mayor del **quizá**, toda esperanza puede y debe superarse en una esperanza más grande" (pg. 193). ¡Qué horizontes no nos abre esta profunda meditación a nosotros, latinoamericanos, hundidos en un radical fracaso y necesitados de una esperanza no menos radical y dinamizante! Latinoamérica recorre su éxodo, y sus anhelos de libertad sólo podrán saciarse si en su horizonte se dibuja una esperanza, capaz de polarizar todas sus fuerzas. En cualquier caso, este libro nos puede ayudar a iluminar el sentido del fracaso en que vivimos. Nos permitimos recomendar muy sinceramente su lectura. — I. M. B.

71005 **Alejandro, J. M.: La lógica y el hombre.** BAC. (Madrid, 1970).
XXIV + 423.

La obra que recensionamos forma parte de la colección monográfica "Dios-Hombre-Mundo", que pretende servir a los estudiantes de las ramas filosóficas los textos modernos y en castellano de las materias de estudio. En este sentido hay que juzgar las diversas obras, que vayan apareciendo en dicha colección. Por tanto habremos de tener muy en cuenta las cualidades didácticas de las monografías: claridad, concisión, método, puesta al día de la investigación. Estas monografías no son, ni quieren serlo, disertaciones literarias ni obras de estricta investigación. Están escritas para alumnos y para los profesores de las diversas materias. Bajo este punto de vista, la obra, que recensionamos, nos parece que cumple con brillantez su misión.

El autor se caracteriza por su penetración aguda y por su estilo un tanto oratorio y ampuloso; en ocasiones un tanto rebuscado con ribetes de polémico. Estas cualidades se manifiestan expresamente en su prólogo galeato, que hace sonreír al lector desapasionado.

Aceptada la intención didáctica de la obra, ésta expone en sustancia la lógica aristotélica, complementada y contrastada con las demás lógicas, insistiendo en la exposición y crítica de la lógica contemporánea. El autor manifiesta en su trabajo la perspicacia, la erudición y el dominio de la materia, que le han proporcionado sus numerosos años de magisterio y de especialización en este campo de la filosofía. Sin embargo, cuando hace la

Recensiones

crítica de las lógicas no aristotélicas, nos parece vislumbrar un cierto tono polémico, que desvirtúa psicológicamente la objetividad de su juicio.

Señalado este defecto —temperamental más que filosófico y no demasiado patente— la obra es realmente valiosa: nos asoma y sumerge en la aventura del pensamiento. El autor eleva a la lógica al nivel de una verdadera ciencia, rescatándola del humilde lugar, al que la habían relegado las "Summulas" escolásticas. En la obra, que recensamos, la Lógica ha dejado de ser la introducción lexicológica de la terminología filosófica-escolástica. Ya esto es un mérito —y no el menor— de la obra, que presentamos.

S. de Anttva

71012 **Fernández, Clemente. Los filósofos modernos. Selección de textos.** 2 vol. XVI + 634 y 578 pgs. BAC (Madrid, 1970).

Con mucho gusto recensamos la presente obra. Creemos que viene a desempeñar un papel muy importante en el estudio de la Filosofía. Como decía Kant: "No se aprende filosofía, sino que se aprende a filosofar". Por eso no basta con un estudio más o menos prefabricado de los problemas filosóficos y de sus soluciones. Es preciso sumergirse en ellos y tomar una actitud personal ante los mismos. Un estudio de la Filosofía tiene que ir acompañado de una lectura profunda de los mismos filósofos.

Hasta ahora, junto con las materias sistemáticas, se estudiaba también la Historia de la Filosofía. Pero ésta no nos daba inmediatamente el pensamiento de cada filósofo, sino el esquema de su sistema elaborado por el autor del texto de Historia de la Filosofía. Al fin de cuentas, también la Historia de la Filosofía era estudiada en un texto ya elaborado, que nos daba el pensamiento de su autor más que el de los diversos filósofos.

D. Julián Marías había presentado en tres volúmenes una antología filosófica, que abarcaba toda la historia del pensamiento filosófico. Clemente Fernández ha dedicado sus dos volúmenes antológicos a sólo los filósofos modernos, desde Descartes hasta nuestros días. Nos da así en más de 1.200 páginas una síntesis del pensamiento filosófico a partir del s.XVII.

Lo que avala aún más el texto es su índice de materias, ordenado por temas. Las 30 páginas de índice son una síntesis valiosa de toda la filosofía, que ayuda al profesor a preparar sus lecturas sobre cada tema tocado en sus clases sistemáticas.

Porque suponemos que esta obra tendrá éxito entre los estudiantes de la Filosofía y merecerá los honores de futuras ediciones, nos permitimos hacer al autor algunas recomendaciones.

No vemos la razón de dejar en su lengua original los textos de los filósofos franceses. Comprendemos que el francés es sobradamente conocido por la mayoría de los estudiantes españoles, pero no ocurre lo mismo con la mayoría de los estudiantes hispanoamericanos. La traducción de dichos textos haría a la obra más asequible y práctica.

Suponemos que por dificultades económicas y editoriales el autor ha tenido que restringirse a un número limitado de páginas. El éxito de la obra persuadirá al autor y a los editores a ampliar la extensión de la misma. Un tercer volumen daría cabida a muchos trozos importantes de las obras filosóficas, que se han visto excluidos de la presente edición.

Agradecemos al autor cordialmente el aporte que ha hecho a los profesores y alumnos universitario de las disciplinas filosóficas.

S. de Anttva